traerá consigo una nueva idea, un nuevo arte, una nueva literatura. Las obras serán tantas y tan variadas como las sociedades mismas y éstas se transformarán eternamente. Pero los impotentes no quieren ensanchar el marco; han hecho la lista de las obras existentes y por tal medio han obtenido una verdad relativa que pretenden hacer pasar por absoluta. No creen; imitan. Y he aquí por qué odio á las gentes neciamente graves, á las neciamente alegres, y á los artistas y á los críticos que quieren hacer estúpidamente la verdad de hoy con la de ayer. No comprenden que avanzamos y que los paisajes varían.

Los odio.

Y ahora ya sabéis cuales son mis amores, los bellos amores de mi juventud.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL ABATE ***

He vacilado mucho antes de resolverme á hablar del Abate ***. Decíame, por una parte, que el silencio condena las obras literarias y que es inútil atacar á un hombre que yace en tierra. Mas por otra, me ha parecido conveniente decir en alta voz lo que el público piensa y murmura en voz baja.

Decidíme, pues, á hablar del autor de *El Maldito*. Mis colegas todos guardan silencio, y hacen bien. Yo seguiría gustoso su ejemplo si no creyera cumplir un deber haciéndome durante una hora intérprete de la opinión pública. El Abate *** ha querido luchar contra el gusto y el buen sentido, y ha sido derrotado. Aplacado el escándalo que originó su primera obra, escándalo obtenido en fuerza de bombos,

carteles y prospectos, el hombre y sus obras quedaron envueltos en el silencio más profundo; el público, á partir de entonces, ha acogido sus volúmenes con frialdad rayana en la repulsión. La curiosidad malsana ha podido hacer que la gente compre unas novelas insulsas y pesadas; pero las personas bien educadas no han querido leer esas historias inverosímiles, tan sucias como mal narradas. Ataco, lo repito, á un escritor hundido, á un escritor que la prensa entera ha desdeñado, y le ataco en nombre de todos, no para hundirle más, sino para levantar acta de su derrota.

Dos hipótesis podemos hacer: que el autor sea clérigo, con ó sin colaborador, ó que sea seglar. En uno y en otro caso, las mencionadas obras son instrumento de especulación y muestra de improbidad literaria.

Indudablemente, en el clero francés puede haber un sacerdote que haya sido vejado por sus superiores, un hombre cuyas creencias hayan sufrido modificaciones, y que note en la Iglesia llagas que curar é injusticias que reparar. El que un espíritu religioso pida una reforma ha acaecido en todos los tiempos; pero el sacerdote que así ha pensado, se ha apartado de sus hermanos, ha dado á conocer sus deseos, ha indicado el mal, ha manifestado cuál creía que pudiera ser el remedio y ha predicado su nueva religión paladinamente, á cara descubierta. El Abate*** empieza por guardar el incógnito. No ejerce su ministerio, pero sigue usando la sotana; es abate solamente en las cubiertas de sus libros; quiere la muerte del sacerdote, pero continúa siendo clérigo para vender sus obras. Esta no es la manera de obrar de un hombre probo. Cosa cómoda es el hacer malas suposiciones, y cuando se tienen creencias atrevidas, se firma con atrevimiento. Sois sacerdote, quiero creerlo; pero deberíais haberlo dicho claramente ó no haberlo dado á entender siquiera. Decirlo á medias es aprovechar los beneficios del escándalo sin exponeros á los riesgos. En vos veo más bien al especulador que al hombre convencido.

Al ver vuestra negra máscara me digo: «He aquí un sujeto que no ganaba bastante diciendo misas; ha calculado que embolsaría diez veces más dinero insultando á la Iglesia y ha puesto tranquilamente manos á la obra, ocultando el rostro para evitarse disgustos.»

Si el autor es lego, la improbidad literaria y el *chantage* son evidentes. Los tiempos se inclinan á la controversia religiosa y se advierte un movimiento muy visible contra el catolicismo. Por lo tanto, un especulador ha podido concebir la idea de sacar partido de la disposición de ánimo de ciertas gentes; habrá establecido una fábrica de libelos, calculando todas las probabilidades de éxito, escogiendo títulos de melodrama, firmando con un pseudónimo que es por sí solo un rasgo de ingenio y una mala acción, y ofreciendo al pueblo una prosa pesada é indigesta como conviene á los lectores de las hojas de á cinco céntimos. En este caso, el escritor no pasa de ser un comerciante poco delicado que se vale de la necedad de los lectores para vender, con etiqueta falsa, un género averiado é indigesto.

Sea el autor sacerdote ó sea seglar, sus obras pertenecen al mismo ramo de comercio que las *Memorias de una doncella*. Confieso que no encuentro diferencia alguna entre el libro que halaga los sentidos ó la curiosidad impura y el que halaga las pasiones antirreligiosas; en el fondo de uno y otro, sólo veo el interés. Ora nos lleven entre bastidores, ora nos introduzcan en el misterio del claustro, ya nos narren las aventuras de Margoton-la-Sauteuse ó las de Dom Gargilesse, el monje místico y libertino, todo ello es excitar nuestra sensualidad por medio del vergonzoso interés que nos inspira todo fruto prohibido.

El Abate*** ha tenido un olvido imperdonable: no ha hecho poner en la portada de *El Maldito* un fotograbado que le representara enmascarado, en traje talar y en actitud de forzar un tabernáculo. Así hubiera sido digno hermano de las desdichadas *Memorias de una doncella*. Este libro ofrecía en la portada el retrato de una mujer impúdica é insolente, que, cubierto el rostro con un antifaz, y apartando una cortina, lucía atrevido escote. Ambos autores han escrito en la sombra, y halagando los peores instintos del público han querido especular con su propio incógnito. Y no ha sido únicamente por vergüenza por lo que no se han dado á conocer, sino para excitar la curiosidad en mayor grado y para poder revolcarse más á sus anchas en el fango. Cuando se oculta el rostro se puede enseñar el escote.

Poco importa que el autor sea eclesiástico ó lego, puesto que el cálculo ha sido su móvil.

La idea de que un miembro del clero haya podido entregarse á semejante especulación, es dolorosa para ciertas gentes. Algunas personas preferirían que el especulador fuese un hombre extraviado en el escepticismo y en el liberalismo. En cuanto á mí, confieso que semejante cuestión no me quita el sueño. El personaje no me inspira la menor curiosidad y tendré buen cuidado de no intentar el descubrimiento del misterio. Que el autor sea solo ó tenga colaboradores, que sea clérigo ó seglar, de todas maneras para mí es un hombre sin talento y poco escrupuloso en la elección de medios para conseguir el éxito. Tratar de arrancarle la máscara con que se oculta sería hacerle demasiado honor. Al principio, algunos de mis colegas trataron de aclarar las sombras en que se envuelve el Abate***; han hojeado sus libros, y unos han creído entrever el extremo de una sotana y otros el faldón de una levita. En cuanto á mí, declaro que he cerrado los ojos voluntariamente y que sólo he visto á un autor adocenado, á un industrial poco hábil, que guarda el incógnito para dar que pensar, y que no merece la curiosidad de las personas honradas.

Al llegar á este punto debo hacer una aclaración que dará más fuerza al juicio que emito. No trato de defender el catolicismo que el Abate*** ataca, ni de vituperar al escritor porque con mano harto débil y torpe ha querido sacudir ciertas instituciones. Por tanto, ruego á mis lectores que no interpreten mal la causa de mi cólera. Pongo á un lado, ante todo, la cuestión filosófica y religiosa, porque en este terreno hay puntos en que yo podría dar la mano al especulador. El grito de indignación que he lanzado es simplemente el de un hombre recto, el de un artista que protesta.

Ya lo he dicho; en las obras de que me ocupo, la mala fe salta á la vista. Y aún hay algo que á mi entender es peor; este algo es una absoluta falta de talento, una aglomeración ridícula de simplezas, de horrores cómicos y de chistes lúgubres. Figuraos unos volúmenes pesados y mal hilvanados, llenos de conversaciones insípidas é interminables, de disertaciones históricas ó filosóficas torpemente recortadas de algún libro viejo; imaginad episodios insulsos y una intriga inverosímil que no se le hubiera ocurrido á un estu-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
MONTERREY, MEXICO

diante de tercer año. Tales páginas despiden un olor penetrante de incapacidad. El Abate*** cada vez que empieza una nueva obra —obras que en el fondo vienen á ser todas iguales—escoge como tema una de las rancias acusaciones que se han lanzado contra el catolicismo; inventa penosamente un cuento anodino con el cual mezcla la tesis religiosa lo menos hábilmente posible y luego lo adorna con las galas de su prosa. El resultado de tal trabajo es un libro insulso, sin elevación de ideas, cuya parte artística recuerda las historias de Ducray-Dumesnil, salvo el sello de bondad que éstas tienen; y la parte de discusión religiosa no pasa de ser el comentario banal de las chocarrerías que cualquiera puede oir en una taberna donde se reunan librepensadores. Náuseas produce la lectura de esas novelas que se desenvuelven entre lodo; son tan vulgares en la forma como en el fondo y están destinadas á satisfacer los groseros apetitos del vulgo. Es de suponer que el autor haya incurrido de propósito en tal bajeza y en tanta vulgaridad; habrá escrito deliberadamente para un público especial y por eso no ha vacilado en ofrecerle los platos picantes y nauseabundos que ha creído serían de su agrado. En medio de la cuestión religiosa que conmueve nuestra época, es triste ver como aparecen semejantes obras que perjudicarían á las mejores causas; tales libros, lejos de aportar nuevos argumentos y de ayudar á la verdad, vienen á poner de nuevo á discusión asuntos ya discutidos y resueltos favorablemente. El Abate*** es un Prudhomme religioso que narra, juzga y discute con solemne necedad.

Una nueva novela acaba de salir á luz, *El Monje*, continuación de *El Jesuita*, de *La Religiosa* y de *El Maldito*. Cuando hojeé el último de los citados libros, la indignación venció mis vacilaciones y resolví decirlo todo de una vez. No creo que haya en el mundo una novela más repugnante. La mencionada obra es la narración de las grandes empresas de un monje, Dom Claude, el cual es una especie de Don Quijote fanático, que reedifica la abadía de Charroux, como el Ingenioso hidalgo alanceaba las aspas de los molinos de viento.

El monje en cuestión es lisa y llanamente un loco que tiene la monomanía del claustro. Si tal fraile existe en realidad, es una tontería discutir seriamente con él; para hombres

que se hallan en semejante estado, una ducha de agua fría es el mejor argumento. Pero yo creo que este monje es una ficción. Cuando Dom Claude quiere mandar en su abadía y administrar justicia como dueño y señor y la autoridad civil le obliga á que cuente con ella para llevar á cabo estos actos, parece que el Abate*** confiesa por tal medio que semejante personaje no puede existir en estos tiempos, y que es una figura inventada por la necesidad del drama. Dom Claude es un personaje inocente, rayano en lo ridículo. Dom Boissier, que es el tipo de probidad que hay en el libro, no resulta. Es un hombre que no tiene pelo de tonto. Se hace clérigo para llegar á obispo, y con el fin de lograr más pronto su deseo, toma el hábito religioso; inventa milagros y se burla de lo divino y de lo humano. Esto no obsta para que Dom Boissier sea, según el autòr, un hombre de noble corazón y de grande inteligencia, que cuando ya ha conseguido el báculo y la mitra, al llegar al desenlace de la novela, abdique y se vaya á vivir solo é ignorado en un oscuro rincón. ¿Por qué? No es fácil adivinarlo. En mi opinión, el hombre probo del libro es un pícaro que por remordimiento no continúa poseyendo lo que ha robado á Dios.

En la obra que nos ocupa, hay otros dos personajes de la propia estofa: el abate Cabrier, que toma el hábito de capuchino para llegar á ser un segundo Lacordaire, y el abate Quillard que obtiene el capelo rojo haciéndose fraile. En vano he buscado en todo el libro un estudio del natural. Todos los personajes carecen de honradez ó de razón. Abel Grenier, el imbécil que suministra los fondos para la reedificación de la abadía, es un necio y un vanidoso; el obispo de Poitiers lo es más todavía y los comparsas son borrachos ó fanáticos, y todos adolecen de idéntica vulgaridad. En una palabra, en semejante libro nada hay que recuerde la verdad; en él se agita un mundo convencional, que es la caricatura del verdadero. Aquellos cuadros, harto sombríos, evidencian la mala fe.

La obra, en suma, es un libelo contra los frailes; pretende probar que son inútiles y que su espíritu emprendedor é invasor es peligroso para la sociedad moderna. Además, pone en solfa á los monjes á propósito de los milagros y de los licores digestivos que hacen al

mismo tiempo: los primeros en la iglesia y en el laboratorio los segundos. En tal libro hallamos la extraña historia de una colonia de religiosos, todos ellos hipócritas ó insensatos, que se establece en un rincón de la Francia, en el cual, los habitantes son insensatos ó hipócritas. El autor exclama que volvemos á la Edad Media, pero en realidad él es quien nos lleva á ella con cuentos impropios de esta época. La falta completa de talento hace sus narraciones menos aceptables todavía. Cuando Eugenio Sué—autor que no me gusta—atacaba á los jesuítas, á lo menos lo hacía de manera hábil é interesante. El Abate*** parece que quiere decir claramente: «Todos los frailes son ambiciosos ó brutos, y todos los franceses son tan imbéciles que se entregan en manos de ellos.» El lector, católico ó liberal, no puede menos que reirse en las barbas del autor y rogarle que calle.

¿Es posible concebir un desenlace más deplorable que el de *El Monje?* Uno de los frailes, Dom Gargilesse, se olvida de todo entre los brazos de la mujer del bienhechor, Abel Grenier; el marido entra y mata al religioso, que va á morirse á su celda. Para comprender esto

es necesario leer la escena mencionada y las siguientes; creo que nunca, ni en los teatros de los bulevares, ha visto el público episodios como el de que trato, y que sean á un tiempo mismo tan cómicos y horribles, tan pueriles y sangrientos. Dom Claude hace arrojar en el *in pace* el cuerpo del culpable y enterrar un tronco de árbol en lugar del cadáver de Dom Gargilesse; la pared que cerraba la entrada del *in pace* se derrumba sobre el monje, y Dom Claude muere aplastado. La comunidad nombra entonces Rdo. Padre á Dom Boissier, el cual, al ver realizados los deseos de toda su vida, cree oportuno hacer renuncia de la dignidad que le han conferido, y al efecto escribe una larga carta absolutamente vacía de sentido. ¿Qué ha querido demostrar el autor? ¿A dónde conduce esta serie de escenas dramáticas completamente inexplicables? He buscado el sentido de tan insensato desenlace, y sólo he visto la intención de lisonjear los gustos groseros del vulgo, que es aficionado á escenas sangrientas, á adulterios, á hechos inverosímiles y á peripecias inesperadas. La obra, lo repito, es en sí una mala acción, una especulación, una novela hermana de las *Me-*

morias de una doncella, aún peor concebida.

Cierto amigo me hace notar que el Abate *** ha obtenido de mi indignación todo lo que esperaba. «¿No véis, me ha dicho mi amigo, que si las novelas de que habláis son especulaciones, el especulador ha contado con la cólera de la gente honrada como con una publicidad segura? Vuestra severidad despierta la curiosidad del público, y todo lo malo que decís de tales libros es una recomendación para las personas aficionadas al fruto prohibido.»

Verdaderamente, mi amigo tiene una triste opinión de los lectores. Si no logro arrojar de todas las casas honradas á *El Monje* y á sus hermanos mayores, acaso logre que las gentes oculten debajo de la almohada tales volúmenes como libros vergonzosos.

EL CATÓLICO HISTÉRICO

Hay enfermedades intelectuales como las hay físicas, y alguien ha dicho que el genio era una neurosis aguda. Puedo asegurar que M. Barbey d'Aurevilly, que es el católico histérico de quien hablo, nada tiene que se parezca al genio, y sin embargo, debo declarar que el espíritu de este escritor es presa de una fiebre nerviosa terrible.

El crítico, según dicen, es el médico de la inteligencia. Pues bien: yo al pulsar al enfermo, encuentro en su organismo desórdenes graves; es víctima de abusos de misticismo y de pasión; el cuerpo quema y el alma está loca; este ser exaltado tiene necesidad de carne y de incienso. En una palabra, el caso es este: un San Antonio que se encuentra en plena orgía, con las manos cruzadas y la mi-